Marcio arrojó la noticia, y fijó los ojos en el semblante de su prima para ver si asomaba á él la ardiente llama del amor.

La inesperada nueva se comunicó por el oido al alma, y esta dejó asomar al rostro de la jóven la flama de la pasion que ocultaba.

El velo del misterio estaba descorrido.

La niebla de la duda se disipó para Marcio ante la abrasadora luz de la amarga realidad.

La misma Eutima comprendió entonces lo que hasta aquel instante no habia comprendido del todo: que amaba realmente á Plinio.

La exacta calificacion que debe darse á un efecto que se empieza á sentir, no puede valorizarse hasta no haber experimentado toda la sublimidad de su fuerza.

Nadie conoce el sentimiento puro, profundo, inmenso del amor paternal, hasta que tiene la tremenda desdicha de ver arrebatado por la muerte al hijo querido de sus entrañas.

Nadie el cariño dulcísimo y santo del amor filial, hasta no perder al sér mas tierno de la tierra; al sér que imprimió sobre nuestra infantil frente el primer ósculo consolador de ternura; al sér lleno de abnegacion que nos alimentó con su sangre, que veló nuestra niñez, que nos hizo escuchar los santos preceptos de la religion; á una madre, en fin, fuente de todo consuelo, de constante benevolencia y de inagotable caridad.

Nadie el amor á la patria, hasta que no se ve ausente de ella.

Eutima comprendió la denominacion que debia dar al afecto que hasta entonces no acertaba á calificar, al sentir la opresion aguda que traspasó su pecho con la alarmante nueva pronunciada por su primo.

Las doradas ilusiones que habian entretenido su mente, se desvanecieron como esos brillantes globos de jabon con que los niños gozan, y que se desvanecen con el aire cuando mas halagaban su vista.

La bella hija de Diómedes quedó triste, como queda el que acaricia una esperanza y toca un desengaño.

Pero noble y digna aquella jóven, comprendió que debia ocultar á los ojos de su primo el sentimiento que la oprimia.

Conoció que habia andado poco prudente en dirijirle la pregunta que podia externar su afecto; y tratando de enmendar su falta, dijo demostrando la mas alta indiferencia:

—Mucho placer me causa escucharte que no aborreces á Plinio, siquiera sea por el aprecio que todos le consagramos aquí, y por el buen éxito que el negocio encomendado á él va teniendo.

Pero este disimulo con que Eutima quiso enmendar el interes de su primera pregunta, no pudo ocultarse á la malicia y penetracion de Marcio.

Al contrario, aquel disimulo sirvió para patentizarle lo que él ya sospechaba; esto es, el secreto amor de Eutima á Plinio.

La llegada de Diómedes que entró por su hija para dar un paseo en carruaje al pié del Vesubio, por los ricos viñedos que le pertenecian, puso fin al diálogo.

Poco despues, el rico propietario y su hija marchaban con direccion al campo, seguidos de Marcio que les acompañaba á caballo.

CAPITULO VIII.

UN FILÁNTROPO.—AMOR FILIAL.—UN ENCUENTRO.—UNA ESTRATAGEMA.

Al empezar el primer capítulo de esta historia, vimos llegar á las puertas de Pompeya un carro viejo y maltratado que se detuvo en una posada y taberna, á la cual entraron á desayunar algunos hombres que en él iban.

Entre aquellos hombres dimos á conocer á un gladiador llamada Lidon, que, compadecido de la triste situacion de la jóven Nicea y de su pobre madre, les habia obsequiado en viándoles con que desayunarse.

—Veo, Lidon, que tienes una alma compasiva—dijo con acento sincero y afectuoso, en cuanto se alejaron las dos desdichadas viajeras, el que al principio se habia manifestado zumbon.

—¿Quién puede ver sin conmoverse, sufrir á un padre ó á una madre, y presenciar indiferente el cariño afectuoso de un buen hijo que le consuela y cuida en sus padecimientos y miseria? Separado desde muy niño del lado de mi padre que, aunque pobre, me amaba entrañablemente, he llegado á la edad del hombre sin volverle á ver, y sin poder manifestarle el amor qué siempre le he consagrado. Impulsado por este amor, vengo á Pompeya, donde sé que existe pobre y anciano, para trabajar sin descanso, y ver si alcanzo ser el apoyo de su vejez.

—¿Y por qué habeis estado tantos años lejos de él?

—Porque la suerte lo habia dispuesto así, aunque no lo anhelaba la voluntad.

—¿Quiere decir que no os conoceis el uno al otro?

—No, porque nos separaron siendo él un hombre jóven aun, y yo tierna criatura; hoy es un anciano y yo un hombre.

—¿Estareis impaciente por verle?

—¡Oh!.... sí, muchísimo.

—Pero confiesa, Lidon,—dijo uno de los concurrentes que habia estado escuchando—que si en vez de una hija hermosa hubiese sido un excelente hijo el que velaba por la pobre mujer que ha venido en el carro, tu interes y tu compasion hubieran sido menos pronunciados.

—Te equivocas: yo admiro el amor filial de las personas sin fijarme en el sexo á que pertenecen.

Al terminar estas palabras, se escucharon salir de una pieza contigua, espantosos gritos.

La puerta de aquella pieza se abrió de repente con estrépito, y un muchacho, con el terror y el espanto pintado en el semblante, se presentó lleno de agitacion.

—¿Que pasa?—le preguntó el posadero.

—Que es presa de las llamas el cuarto en que duerme mi hermanito.

Al escuchar la alarmante noticia, el posadero, abandonándolo todo, corrió hácia el sitio del peligro. Pero para entónces ya habia penetrado en él nuestro filántropo gladiador Lidon.

El fuego era en la última pieza de la casa, y habia que cruzar varios cuartos para llegar á ella.

El posadero dirijió sus ojos, mientras corria, hácia el fondo de la pieza en que se declaró el incendio, y descubrió sobre el lecho á un niño de dos años que agitaba sus manecitas.

Aquel niño era su hijo.

Su tierna madre habia salido de casa hacia un instante.

El posadero llegó al umbral de la pieza, cuando vió arder el pabellon que velaba la cama, y caer sobre el cuerpo de su hijo.

El afligido padre lanzó un grito de terror.

En aquel instante salió de debajo del incendiado pabellon un hombre con una criatura en los brazos.

El posadero dejó escapar una exclamacion de alegría.

La criatura era su hijo; el que la habia salvado, Lidon.

—Seguidme—dijo este al posadero.

El dueño de la taberna marchó tras él, impaciente de ver lo que á su hijo le habia pasado.

Lidon llegó á donde estaban las personas que poco antes se desayunaban con él.

Iba cubierto de sangre.

¿Era de él ó del niño que llevaba en los brazos?

El posadero, inquieto y alarmado, pidió á su hijo.

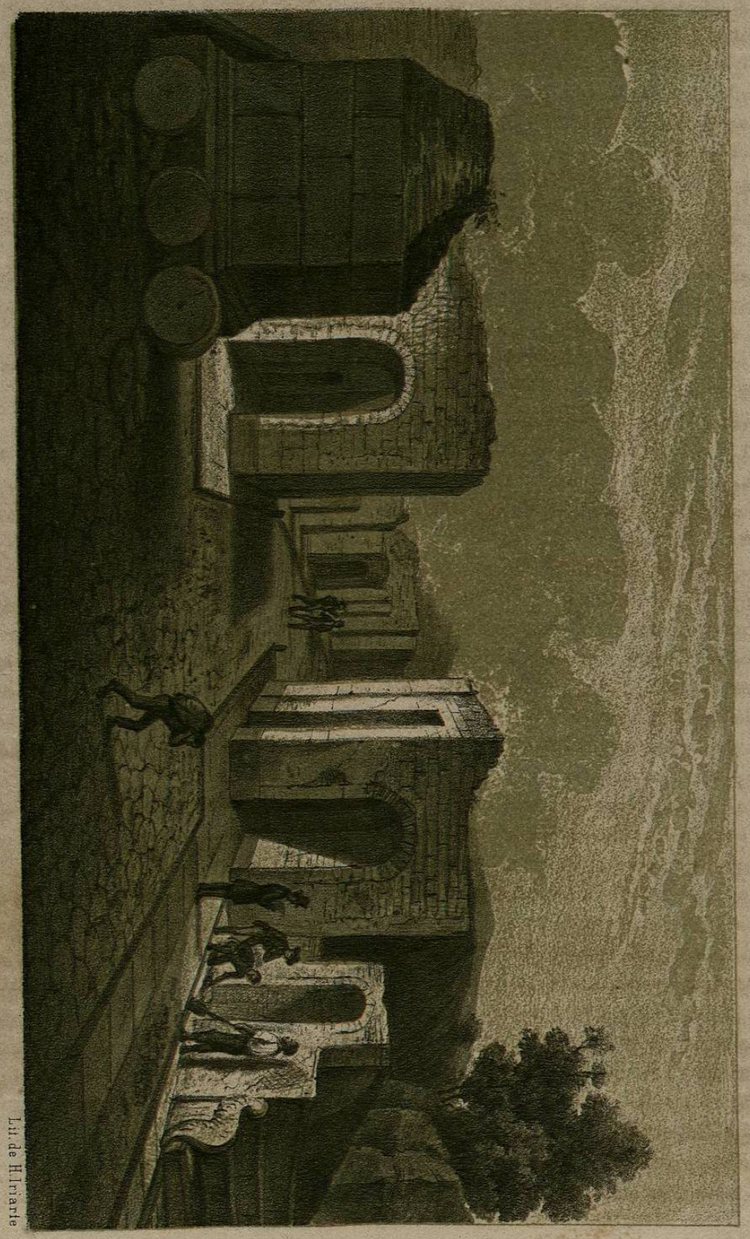
Lidon se lo entregó, y en el mismo instante cayó sin sentido al suelo.

La criatura estaba ilesa.

Lidon tenia abierta la cabeza, y por la ancha herida salia con abundancia la sangre.

Al caer abrasado el pabellon, una gruesa varilla de fierro le fracturó el cráneo.

El posadero, al ver sin sentido y cubierto de sangre al hombre que acababa de salvar la



PUERTA HERCULANENSE EN POMPEYA.
(Despues de las escavaciones)

Lit. de Hiriarte

vida de su hijo, se apresuró á lavarle con agua la herida, le colocó un lienzo en esta, le condujo á una cama, y envió inmediatamente por un médico.

Entretanto los criados de la casa habian logrado apagar el incendio.

El médico llegó á poco, y habiendo declarado que, aunque grave la herida, no era mortal, le hizo la primera curacion.

Lidon, jóven y robusto, empezó á los pocos dias á recobrar sus fuerzas.

El cuidadoso esmero y la constante asistencia del agradecido posadero y de su esposa, contribuyeron eficazmente á su alivio.

Cuando este fué ya notable, le dijo el posadero:

—Veníais á ver á vuestro padre, y la desgracia acaecida en mi casa os ha privado de esa dicha: ¿quereis decirnos donde vive, para que le digamos que estais aquí?

—De ninguna manera. Esto seria aflijir su corazon cuando yo anhelo consolarle.

—Pero.....

—No: que no sepa nada de lo que me ha pasado. Dentro de pocos dias estaré del todo bueno, y me presentaré á él sin haber alarmado antes su corazon.

Y el instante del completo restablecimiento llegó.

Ese instante pertenecia al dia siguiente en que vimos salir á Eutima, Diómedes y Marcio á dar un paseo en los alrededores de Pompeya.

Lidon, despues de despedirse del posadero y su familia, se dirijó á Pompeya.

El jóven gladiador sentia latir el corazon al pensar que dentro de breves momentos estrecharia contra su pecho á su anciano padre.

Dominado por esta idea, que absorbia todas sus potencias, atravesó la ciudad, pasó la puerta de Herculano y llegó á la calle de las Tumbas.

La vista de los grandiosos monumentos funerarios que á uno y otro lado descubria, conmovieron su corazon.

Aquellos sepulcros hicieron cruzar por su mente un triste pensamiento.

—¿Habrá muerto mi padre desde que me dieron en Roma la última noticia de él?...—dijo para sí el jóven gladiador—me dijeron que estaba tan débil y anciano!..... ¡Oh!..... no; los dioses habrán permitido que le vuelva á ver y que le estreche entre mis brazos.

Y Lidon, aunque débil, por ser la primera vez que andaba despues de su herida, apresuró el paso cuanto le fué posible para llegar al sitio á que se dirijia.

De repente se presentó á su vista, y al extremo de la calle, un suntuoso edificio.

Al verlo sintió una emocion profunda que le oprimia el pecho.

Aquella casa era en la que vivia su anciano padre.

La idea de que iba á verle, á abrazarle dentro de unos instantes, hacia latir su corazon de una manera violenta y rápida.

Lidon marchaba con los ojos fijos en aquel edificio.

De cada puerta, de cada columna, de cada árbol que rodeaba la casa, esperaba ver salir á su padre, triste y abatido por su ausencia.

La inquietud de que estaba poseido era inmensa.

Su afan y sobresalto crecian á medida que se aproximaba al edificio.

Por fin llegó enfrente á este.

El edificio era la casa de campo de Diómedes.

Lidon dirijió la vista hácia todas partes.

A nadie descubrió.